

ra llora á su amante, pescador también, arrebatado por el mar. Layda cantaba este zortziko con tanta pasión y sentimiento, que no podían escucharla las doncellas de la comarca sin que sus ojos se preñaran de copiosas lágrimas.

Un día, Layda se dirigió con su barca á sus favoritos arrecifes de Izaro. El cielo, poco antes sereno, se anubló de repente: la tranquila mar se erizó de empinadas olas; el viento se desató con furia: Layda estaba perdida. Pero su corazón varonil la mantuvo serena hasta que se anegó el frágil leño que la sostenía. Cuando vió su muerte cercana y perdió toda esperanza de salvarse, doblando una rodilla y clavando la vista en el firmamento, entonó una de las estrofas de la antigua canción bascongada.

En su lecho de césped marino
descansando está.
Solo Dios, en la desierta orilla,
me le tornará.

Apenas pronunciaron sus labios estas últimas palabras, cuando arrebatándola una ola imponente, la sepultó en lo más profundo del mar.

Desde aquel momento las sirenas del Océano poseían una compañera más.

Desde aquel momento, las costas bascongadas perdieron su mas hermosa sirena.

JUAN E. DELMAS.

SECCION AMENA

Mikela ta Franchisku

- MIK. ¿Franchisku eztakizu zer pasatzendan?
FRAN. ¿Zer bada?
MIK. Lizartzako zera zertzen omenda zereko zerakiñ, eta ayek zertzen badira, iñolazere zerera zertuko dira.
FRAN. Emakumia, ¿zer esan naidezu zer orrekiñ? ez bazera obeto zerten ¿nik nola zertzia naizu?

MARZELINO SOROA.
